

Introducción

Aunque la mayor parte de este libro se escribió en el año 1977 y la primera mitad de 1978, su marco de referencia en ningún caso se limita a ese importantísimo período en la moderna historia de Oriente Próximo. Por el contrario, mi objetivo ha sido escribir un libro que presente al lector occidental una postura palestina ampliamente representativa, algo no muy conocido y sin duda no bien apreciado ni siquiera hoy, cuando se habla tanto de los palestinos y del problema palestino. Al formular esta postura, me he basado principalmente en lo que creo que puede llamarse justamente la experiencia palestina, que a todos los efectos se convirtió en una experiencia consciente de sí misma cuando la primera oleada de colonialistas sionistas alcanzó las orillas de Palestina a comienzos de la década de 1880. Desde entonces, la historia palestina ha adoptado un rumbo peculiar y bastante distinto del de la historia árabe. Existen, obviamente, muchos nexos entre lo que han hecho los palestinos y lo que han hecho otros árabes en este siglo, pero la característica definitoria de la historia palestina —su traumático encuentro nacional con el sionismo— es único de esta región.

Esa unicidad ha guiado tanto mi objetivo como mi actuación (por muy deficientes que puedan ser ambos) en el presente libro. Al ser yo mismo palestino, siempre he intentado ser consciente de nuestras debilidades y defectos como pueblo. Para ciertos estándares quizá seamos un pueblo nada excepcional; nuestra historia nacional da fe de una fallida pugna con una ideología básicamente europea y ambiciosa (además de práctica): hemos sido incapaces de interesar

demasiado a Occidente en la justicia de nuestra causa. Sin embargo, hemos empezado, creo, a construir nuestra propia identidad política y nuestra propia voluntad; hemos desarrollado una notable resistencia y un resurgimiento nacional aún más notable; hemos obtenido el apoyo de todos los pueblos del Tercer Mundo; y sobre todo, y pese al hecho de que geográficamente estamos dispersos y fragmentados, pese al hecho de que carecemos de nuestro propio territorio, nos hemos unido como pueblo en gran parte porque la *idea* palestina (que hemos articulado a partir de nuestra propia experiencia de desposesión y opresión exclusivista) tiene una coherencia a la que todos hemos respondido con positivo entusiasmo. Es el espectro íntegro del fracaso y el posterior resurgimiento palestino el que he intentado describir en sus vívidos detalles en este libro.

Aun así, supongo que para muchos de mis lectores el problema palestino evoca inmediatamente la idea de «terrorismo», y es en parte debido a esa injusta asociación por lo que en este libro no dedico demasiado tiempo al terrorismo. Haberlo hecho habría supuesto argumentar a la defensiva, o bien diciendo que tal como se ha dado nuestro «terrorismo» está justificado, o bien adoptando la postura de que eso del terrorismo palestino no existe. Pero los hechos son bastante más complejos, y al menos algunos de ellos son objeto de cierto examen aquí. En meros términos numéricos, en las crudas cifras de cuerpos y propiedades destruidas, no existe absolutamente comparación alguna entre lo que el sionismo ha hecho a los palestinos y lo que, en represalia, han hecho los palestinos a los sionistas. El casi constante ataque israelí a los campos de refugiados civiles palestinos en el Líbano y Jordania durante los últimos veinte años es solo un indicativo de ese historial completamente asimétrico de destrucción. Lo que resulta mucho peor, en mi opinión, es la hipocresía del periodismo y el discurso intelectual occidental (y ciertamente del sionista liberal), que apenas ha tenido nada que decir sobre el terror sionista.¹ ¿Puede haber algo menos honesto que la indignada retórica utilizada a la hora de informar del terror «árabe» contra «civiles israelíes», o «ciudades» y «pueblos» o «escolares», y la neutra retórica empleada para describir los ataques «israelíes» contra «posiciones pa-

lestinas», un eufemismo que nadie podría saber que alude a los campos de refugiados palestinos en el sur del Líbano? (cito textualmente de las noticias sobre incidentes recientes producidos a finales de diciembre de 1978). Desde 1967, en que Israel ocupara Gaza y Cisjordania, no ha habido tregua alguna en el ultraje diario de la ocupación israelí; y, sin embargo, nada galvaniza tanto a la prensa occidental (y a los medios de información israelíes) como una bomba en un mercado de Jerusalén. Con sentimientos que lindan con la más absoluta repugnancia, debo señalar aquí que ni un solo periódico estadounidense publicó la siguiente entrevista con el general Gur, jefe del Estado Mayor del ejército israelí:

PREGUNTA: ¿Es cierto [durante la invasión israelí del Líbano en marzo de 1978] que ustedes bombardearon aglomeraciones [de gente] sin hacer distinciones?

RESPUESTA: Yo no soy una de esas personas que tienen una memoria selectiva. ¿Cree que pretendo no saber lo que hemos hecho todos estos años? ¿Lo que hicimos en toda la extensión del canal de Suez? ¡Un millón y medio de refugiados! De verdad: ¿en qué mundo vive? [...] Bombardeamos Ismailía, Suez, Port Said y Port Fuad. Un millón y medio de refugiados. [...] ¿Desde cuándo la población del sur del Líbano se ha vuelto tan sagrada? Sabían perfectamente lo que hacían los terroristas. Tras la matanza de Avivim, hice bombardear cuatro pueblos del sur del Líbano sin autorización.

P: ¿Sin hacer distinciones entre civiles y no civiles?

R: ¿Qué distinciones? ¿Qué habían hecho los habitantes de Irbid [una gran ciudad en el norte de Jordania, de población principalmente palestina] para merecer que les bombardeáramos?

P: Pero los comunicados militares siempre hablaban de responder al fuego enemigo y de contraataques sobre objetivos terroristas.

R: ¡Por favor, seamos serios! ¿No sabe usted que todo el valle de Jordania se había quedado sin habitantes como consecuencia de la guerra de desgaste?

P: Entonces, ¿usted afirma que la población debe ser castigada?

R: Por supuesto, y nunca he tenido ninguna duda sobre eso. Cuando autoricé a Yanouch [diminutivo del comandante del frente

del norte, responsable de la operación libanesa] a utilizar la aviación, la artillería y los tanques [en la invasión], sabía exactamente lo que hacía. Hoy son treinta años, desde el momento de nuestra guerra de Independencia hasta ahora, los que llevamos luchando contra la población civil [árabe] que habitaba en los pueblos y ciudades, y cada vez que lo hacemos se plantea la misma pregunta: ¿debemos o no atacar a los civiles? (*Al-Hamishmar*, 10 de mayo de 1978).

Así, en el «terrorismo» una cosa es el desequilibrio en su percepción, y otra el desequilibrio en su perpetración. Cabría mencionar, por ejemplo, que en *todos* los casos en que se ha utilizado a rehenes israelíes para intentar conseguir la liberación de palestinos encerrados en cárceles israelíes, han sido *siempre* las fuerzas israelíes las que han disparado primero, causando a sabiendas un baño de sangre. Pero tampoco basta citar cifras y dar explicaciones, dado que el historial de hostilidades entre judíos y árabes, entre palestinos y judíos sionistas, entre los palestinos y el resto de la humanidad (o eso parecería), entre los judíos y Occidente, resulta escalofriante. Como palestino, me molesta y deploro el modo en que todo este horrible asunto se despoja de todas sus resonancias y detalles, a menudo moralmente desconcertantes, para comprimirlo simple, cómoda e inevitablemente bajo la rúbrica del «terror palestino». Sin embargo, como alguien que se ha visto afectado por la cuestión de muchas formas distintas, debo decir también que —hablando ahora solo como palestino— me he horrorizado ante el secuestro de aviones, las misiones suicidas, los asesinatos y los atentados en escuelas y hoteles; horrorizado tanto por el terror infligido a sus víctimas como por el terror de los hombres y mujeres palestinos que se han visto impulsados a hacer tales cosas. Dado que no pretendo escribir como un observador imparcial, he creído que, en lugar de intentar abordar frontalmente el terror en sí, era mejor que intentara transmitir a mis lectores algunas nociones de la larga historia palestina de la que provienen todas esas cosas. Y si en última instancia dicha historia no logra —como no puede ser de otro modo— mitigar la tragedia de pérdida e infelicidad, al menos presentará finalmente a dichos lecto-

res algo de lo que durante mucho tiempo han carecido: la realidad del trauma nacional colectivo que para cualquier palestino está contenido en la cuestión palestina.

Uno de los rasgos característicos de cualquier pequeño pueblo no europeo es que este no suele ser rico en documentos, ni en historias, autobiografías, crónicas, etcétera. Esto mismo vale para los palestinos, y explica la falta de un gran texto autorizado sobre la historia palestina. No he intentado aquí suplir esa carencia, por motivos claramente evidentes. Lo que he intentado hacer es mostrar que la experiencia palestina es una parte importante y concreta de la historia, una parte que en gran medida ha sido ignorada tanto por los sionistas, que deseaban que nunca hubiera estado allí, como por los europeos y estadounidenses, que en realidad no han sabido qué hacer con ella. He intentado mostrar que los palestinos musulmanes y cristianos que vivieron en Palestina durante cientos de años, hasta ser expulsados en 1948, fueron las desdichadas víctimas del mismo movimiento cuyo objetivo absoluto había sido el de poner fin a la persecución de los judíos por parte de la Europa cristiana. Pero ha sido precisamente debido al admirable éxito del sionismo a la hora de llevar a los judíos a Palestina y construir una nación para ellos por lo que el mundo no se ha preocupado de lo que tal empresa entrañaba en cuanto pérdida, dispersión y catástrofe para los palestinos autóctonos. Hoy hace falta algo parecido a una doble visión irónica para ser capaces de ver *a la vez* el éxito de todos conocido y el desastre mucho menos conocido que Hannah Arendt ha descrito así:

Después de la [Segunda] Guerra [Mundial] resultó que la cuestión judía, que se consideraba la única insoluble, de hecho se resolvió —a saber, mediante un territorio colonizado y luego conquistado—, pero eso no resolvió ni el problema de las minorías ni de los apátridas. Antes al contrario, como prácticamente todos los demás acontecimientos de nuestro siglo, la solución de la cuestión judía no hizo sino producir una nueva categoría de refugiados, los árabes, aumentando así el número del apátridas en otras 700.000 o 800.000 personas.²

Como afirmo a lo largo de todo el libro, mientras que Israel y su historia han sido celebrados sin interrupción, a la realidad de los palestinos, las vidas que han llevado, las pequeñas historias que han experimentado, las aspiraciones que han sentido, solo recientemente se le ha reconocido su existencia. Pero, de pronto, la cuestión palestina busca hoy una respuesta: la opinión mundial ha exigido que se dé la debida importancia al punto crucial, hasta ahora ignorado, del *impasse* en Oriente Próximo. Aunque, por desgracia, la posibilidad de que actualmente se produzca un debate adecuado, y mucho menos una solución convincente, es exigua. Los términos del debate se han empobrecido, puesto que (como antes decía) a los palestinos se les ha conocido solo como refugiados, o como extremistas, o como terroristas. Un importante número de «expertos» en Oriente Próximo han tendido a monopolizar la discusión, principalmente utilizando jerga sociológica y clichés ideológicos enmascarados de conocimiento. Sobre todo, creo que existe una arraigada actitud *cultural* hacia los palestinos derivada de ancestrales prejuicios occidentales sobre el islam, los árabes y Oriente. Esta actitud, de la que el sionismo, por su parte, extrajo su visión de los palestinos, nos ha deshumanizado, nos ha reducido al estado apenas tolerado de una molestia.

Quizá resulte excesivo decir que la mayoría de los estudios académicos de politología sobre Oriente Próximo y sobre los palestinos siguen esa tradición. Pero sí es verdad, creo, que cuando menos tienden a hacerlo. En la medida en que la mayor parte de ellos se basan en, y aceptan incuestionablemente de muy importantes formas, el marco que ha legitimado el sionismo frente a los derechos palestinos, tienen muy poco que aportar a un entendimiento de la verdadera situación en Oriente Próximo. Y ello porque es un hecho que casi ninguno de los estudios serios sobre el moderno Oriente Próximo producidos en este país desde la Segunda Guerra Mundial puede preparar a nadie para lo que ha estado ocurriendo en la región: esto resulta tan evidente con respecto a los recientes acontecimientos acaecidos en Irán como en relación con la guerra civil libanesa, la resistencia palestina, o la actuación árabe durante la guerra de 1973. Ciertamente, no he concebido este libro como una polémica contra

lo que acertadamente se ha calificado de sesgo ideológico del trabajo de una sociología que finge objetividad científica, en particular desde el advenimiento de la guerra fría; pero sí pretendo conscientemente evitar sus riesgos «gratuitos». Entre estos se incluyen las descripciones de la realidad política que se centran en la rivalidad de las superpotencias, que proclaman deseable todo lo asociado a Occidente y su misión modernizadora en el Tercer Mundo, que ignoran los movimientos populares mientras elogian y valoran toda una serie de regímenes clientelares mediocres y opresivos, que descartan como ahistórico todo aquello que no se pueda hacer encajar fácilmente con un determinado fin último o una metodología particular cuyos objetivos sean «racionales», «empíricos» y «pragmáticos». Las evidentes deficiencias de tales nociones se han esgrimido públicamente como culpables de «nuestra» pérdida de Irán y «nuestra» incapacidad de pronosticar el «resurgimiento del islam», sin permitir al mismo tiempo el más mínimo examen de las premisas en las que dichas nociones se basan. Así, de hecho, estas se ven reafirmadas, y una vez más los politólogos con un importante papel que desempeñar en la toma de decisiones aconsejan lo mismo con igual estrechez de miras, y una vez más la política exterior estadounidense se arriesga en lo que, a los ojos de los inexpertos (como los míos), son evidentes causas perdidas, visiones históricas regresivas. Incluso en el momento de redactar estas líneas, los graves defectos de Camp David parecen demostrar mi punto de vista.

Hasta 1976, sin embargo, no creo que sea erróneo afirmar que incluso los mismos palestinos contribuyeron a su propio menoscabo, y, por ende, a su propia irrelevancia en la interpretación de sionistas y expertos. Luego nos descubrimos, descubrimos el mundo, y este nos descubrió a nosotros. Trato de describir nuestra noche y nuestro lento despertar, sin descuidar al mismo tiempo el escenario de nuestra vida en el territorio, en la región, en la política mundial, etcétera. Pero toda nuestra experiencia está atravesada por el hilo del sionismo. No se trata de una cuestión teórica, ni tampoco tiene un sentido peyorativo. Para nosotros, el sionismo ha significado tanto —aunque de manera distinta— como para los judíos. Tenemos que informar al

mundo acerca de cómo eso significó para nosotros ciertas cosas concretas, cosas de las que colectivamente llevamos las huellas vivientes.

He calificado mi libro de ensayo político porque trata de presentar nuestra cuestión ante el lector occidental no como algo hermético y terminado, sino como algo sobre lo que hay que reflexionar, que hay que probar, con lo que hay que comprometerse; en resumen, un tema que hay que abordar políticamente. Durante demasiado tiempo hemos estado fuera de la historia, y sin duda fuera del debate; a su propia y modesta manera, este libro intenta hacer de la cuestión palestina un tema de discusión y entendimiento político. El lector no tardará en descubrir —espero— que lo que se propone en este libro no es una visión «experta» ni, para el caso, un testimonio personal. Más bien se trata de una serie de realidades experimentadas, fundamentadas en una noción de los derechos humanos y las contradicciones de la experiencia social, y expresadas en la medida de lo posible en el lenguaje de la realidad cotidiana.

Cierto número de premisas básicas informan la argumentación del libro. Una es la existencia continuada de un pueblo árabe palestino. Otra es que, para entender su experiencia, es necesario entender el *impasse* existente entre el sionismo y el mundo árabe. Otra más es que el propio Israel, así como sus partidarios, han intentado borrar a los palestinos de palabra y obra porque el Estado judío se basa, en muchos aspectos (aunque no en todos), en la negación de Palestina y los palestinos. Hasta hoy, resulta un hecho asombroso que la simple mención de los palestinos o de Palestina en Israel, o ante un sionista convencido, equivalga a nombrar lo innombrable: tan poderosamente nuestra mera existencia sirve para acusar a Israel de lo que nos ha hecho. Por último, doy moralmente por sentado que los seres humanos, individual y colectivamente, son sujetos de derechos fundamentales, uno de los cuales es el de la autodeterminación. Con ello quiero decir que ningún ser humano debe ser amenazado con ser «transferido» fuera de su casa o de su tierra; que ningún ser humano debe ser discriminado por no pertenecer a una religión *x* o *y*; que ningún ser humano debe ser despojado de su tierra, su identidad nacional o su cultura, sea cual fuere la causa.